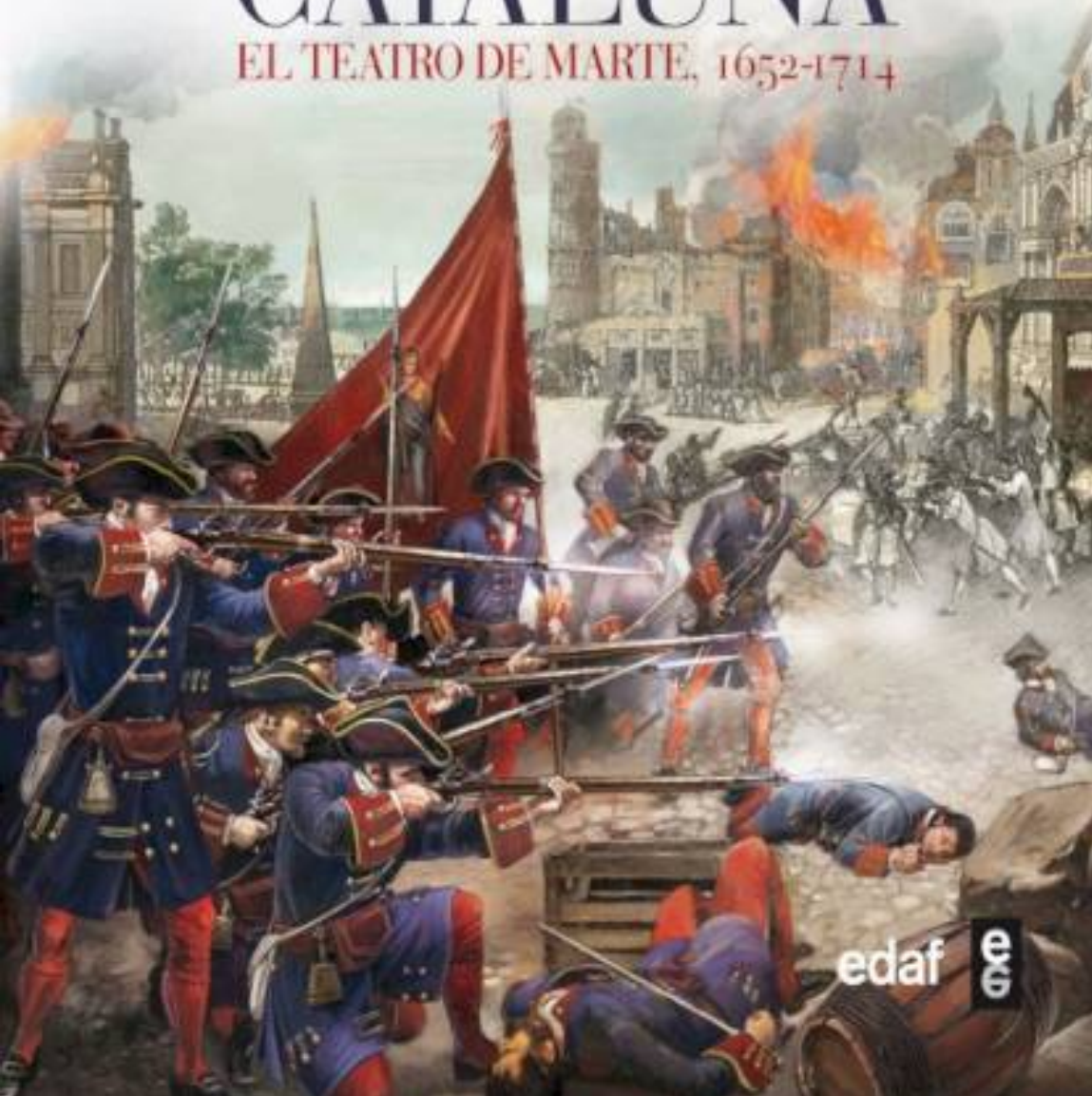




ANTONIO ESPINO LÓPEZ

LAS GUERRAS DE CATALUÑA

EL TEATRO DE MARTE, 1652-1714



edaf

Créditos

ISBN de su edición en papel: 978-84-414-3386-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© 2014. Antonio Espino López

© Diseño de cubierta: Ricardo Sánchez

Edición de Melquiades Prieto

Documentación gráfica: autor, BNE, AHN, ACA, BNF, Gallica, Europea y Cartoteca de Catalunya.

© 2014 Editorial EDAF, S.L.U.

c/ Jorge Juan 68

28009 Madrid (España)

www.edaf.net

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2014

ISBN: 978-84-414-3405-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: www.elpoetaediciondigital.com

«Me gustan los vencidos, pero también me gustan los ven-
cedores.»

Gustave Flaubert citado por Julian Barnes, *El loro de Flau-
bert*
(Barcelona, Anagrama, 1994, p. 164).

Índice

CRONOLOGÍA

INTRODUCCIÓN. CATALUÑA Y LAS GUERRAS DINÁSTICAS

I. UN PROBLEMA DE (DES)CONFIANZA: LAS RELACIONES ENTRE CATALUÑA Y LA MONARQUÍA HISPÁNICA Y LA CREACIÓN DE UNA NUEVA FRONTERA

1. Victoria con desconfianza, 1652-1659
2. La fallida construcción de una nueva frontera militar, 1659-1673
3. La guerra de Holanda, 1673-1678
4. La recuperación imposible: la definitiva pérdida del Rosellón, 1679-1688
5. La guerra de los Nueve Años y el fin de la Casa de Austria, 1689-1700

II. EL ESFUERZO DE GUERRA DE LOS CATALANES EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVII

1. Tercios, compañías y milicias urbanas
2. El nuevo ejército y el cambio dinástico
3. Las fuerzas auxiliares: los *miquelets* y otros

III. CIVILES Y MILITARES: ¿UNOS ENEMIGOS OBLIGADOS A ENTENDERSE?

1. Los alojamientos de tropas de 1652 a 1659: una cuestión de estado

2. Los años entre paces: de la Paz de los Pirineos (1659) a la Paz de Nimega (1678)
3. El fantasma de 1640 y la revuelta de los Gorretes, 1679-1689

IV. LA FINANCIACIÓN DE LA GUERRA EN LA CATALUÑA DEL BARROCO

1. Conflictos que acaban y otros que comienzan, 1652-1678
2. A vueltas con la crisis, 1679-1700

V. EL DESENCANTO DE UN CONFLICTO: LA GUERRA DE SUCESIÓN DE ESPAÑA

1. Patriotismo y guerra
2. Las campañas de 1710 a 1713
3. Resistencia a ultranza, 1713-1714

CONCLUSIONES

NOTAS DEL AUTOR

NOTAS DE LA EDICIÓN

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

LAS GUERRAS DE CATALUÑA

Introducción

Cataluña y las guerras dinásticas

El 16 de marzo de 1715, apenas transcurridos seis meses de la caída de Barcelona el 11 de septiembre de 1714, el brigadier Pedro Rubio le escribía desde la Ciudad Condal a don Manuel Fernández Durán, ministro de Felipe V, explicándole, entre irritado e histérico, cómo

los naturales de esta Ciudad y todo el Principado son yncapazes de amar las órdenes del rey ni a sus tropas (por algunas centurias) por haber perdido su libertad por su bárbara acción, combendría muy mucho el que Su Magd. mandase demoler todos los baluartes desta plaza, dejando solo el rezinto de la muralla, formando una ciudadela en el baluarte de Levante y otra zerrando las atarazanas, pues de este modo la ciudad quedará sujetta y con pocas tropas será dominada.

Es más, Rubio aconsejaba una ambiciosa política de erradicación del Principado de la mayoría de sus hombres en edad militar; en concreto, solicitaba que de cada veguería catalana saliesen

seis mil u ocho mil y estos conduzirlos a los regimientos se hallan en Zeuta, Andalucía, Extremadura, Castilla y Galicia, pues cien hombres o ciento cincuenta en cada batallón no son capaces de ninguna infamia y se logra el dividir esta canalla y la tranquilidad del Princi-

pado, pues de otra manera no hay duda de que se volverá a encender el fuego, porque aunque se les ha mandado entregar las armas, solo han denunciado las que no valen nada y como los maestros armeros que [h]ay en el país son muchos y estos todos los días (con pretextos) no dejan de trabajar, en brebe re[em]plazarán las armas que [h]an entregado, y así a estos se debían dividir en los reynos como a los pícaros.

Todo su histerismo se debía a la, de hecho, más que remota posibilidad de que un mal suceso en la conquista de Mallorca alcanzase todavía cierto eco en un Principado rebelde por naturaleza, por ello se reafirmaba en la necesidad de no alzar la mano sobre la represión de los catalanes, pues «[...] si Barcelona se fortifica y se volviese a perder según lo que se experimenta a[h]ora, que no era capaz la España de ganarla (o todos quedarían sacrificados), y respecto de ser esta ciudad el objeto de todos los catalanes, hallándose sin defensas, por leyes y tributos que el rey les ponga, jamás repudiarán a nada».¹

En realidad, la turbación del brigadier Rubio era muy semejante a la padecida por don Juan José de Austria en junio de 1653, menos de un año después de la recuperación de Barcelona por las armas de Felipe IV en octubre de 1652 (tras de doce años de guerra). Don Juan José, a la sazón virrey de Cataluña, todavía temía un levantamiento de los catalanes, quienes, sin duda alentados debido a la presencia de nuevos ejércitos franceses en el Principado, podrían alzarse «contra las armas de V. Magd. y en favor de las de Francia, y dándose las manos con ellas se pierda en un punto lo que ha costado de ganar tantos años». Y aunque la ciudad de Barcelona y la Diputación del General (o *Generalitat*) escribiesen demostrando «sumisión y celo exterior», lo cierto era que en el seno de la urbe, aseguraba don Juan José, había muchas personas «de quien se puede desconfiar y temer que en llegando la ocasión se han de

declarar como lo hicieron en la pasada [1640] por la corona de Francia, porque se hallan dentro de Barcelona todos los ministros catalanes que nombró el rey de Francia y otros capitanes y cabos que sirvieron a sus banderas [...]».² Curiosamente, Pedro Rubio también se quejaría sesenta y dos años más tarde cómo

Los que siguieron el partido contrario biendo que infinitas cabezas de los que lo soblearon este país se pasean por Barcelona y otras ciudades y que a estos no se les ha dejado el andar juntos, entrar y salir en las antesalas de generales y muchos comer en las mesas, y que a los que siguieron el partido del rey no [h]an tenido [h]asta [ah]ora la menor excepción así en las contribuciones como en los alojamientos, blasonan y les alienta para desvergonzadamente decir mirad lo que habéis ganado con nuestro partido, y secretamente sembrar la ponzoña y beneno.³

Y, por lo tanto, no era factible aplicar la piedad real con los catalanes. Así, a diferencia de lo ocurrido durante el reinado de Felipe IV, cuando, como sabemos, se hicieron planes para construir una ciudadela en Barcelona, si bien nunca llegó a edificarse en tiempos de los Austrias,⁴ Felipe V sí llevó a cabo dicha tarea. Sin duda, la desconfianza hacia un pueblo tan hostil y levantisco había calado muy hondo, y la terrible guerra de Sucesión fue su mayor evidencia. Lógicamente, desde la óptica de la mayoría de los catalanes, las cosas se desarrollaron de una forma muy distinta. Una de las intenciones de este libro es, pues, conocer cómo se percibió la guerra (contra los Borbones, ya estuviesen estos reinando en París o bien en Madrid y París a la vez) desde el Principado a partir de 1652. Y, al mismo tiempo, entender mejor la gestación de lo que podríamos llamar el «problema de Cataluña» desde el punto de vista —y los intereses— de la Corona (estuviese esta bajo el control de la dinastía de los Austrias o los Borbones). O, desde la óptica cortesa-

na, entender mejor cómo se contempló el hecho de que si Cataluña jugó un cierto papel a favor de Francia y en contra de los intereses de la Monarquía Hispánica de los Austrias en el transcurso de la guerra de los Treinta Años, en 1705 lo jugaba a favor de Inglaterra (y las Provincias Unidas) y Austria en contra de la dinastía de los Borbones.

Cataluña fue un gran campo de batalla en el que lucharon los ejércitos de las monarquías francesa e hispánica durante largos decenios. En fecha tan señalada como 1700, los catalanes lo sabían muy bien:

Es constante que esta provincia, en los nueve años passados [la guerra de 1689-1697] y muy antes, ha sido el theatro de donde se ha representado la guerra. Y por consiguiente, teniendo el enemigo dentro de casa, había echo experimentar y padecer sus rigores y conflictos, lo que no ha sucedido a muchos de los dominios de vuestra magestad. Y aunque estos hayan contribuido con gloriosa emulación en esta dependencia, por lo que en ella quando menos se interessava lo restante de la monarquía de vuestra magestad, pero no puede negarse que ha sido Catalunya la que más ha padecido y esmerado en el realse de su innata fidelidad, no perdonando a vidas y haciendas y a todo quanto se juzgó conveniente para mantenerse en el dulce, suave y amabilíssimo dominio de vuestra magestad.⁵

Los sucesivos conflictos librados en el principado catalán en la segunda mitad del siglo XVII y a comienzos del siglo XVIII estuvieron muy influenciados, lógicamente, por la llamada «Revolución Militar Moderna» o, todavía mejor, por todo un conjunto de mejoras tecnológicas y arquitectónicas, de «reformas» tácticas, pero también por el desarrollo en definitiva de la burocracia y del aparato del Estado aplicado a la guerra,⁶ que arribaron a los ejércitos europeos entre mediados del siglo XIV y finales del siglo XVII.

En primer lugar, los cambios en las formas de hacer la guerra de los europeos habían llevado a que los gastos y los recursos militares se empleasen de manera mucho más decidida en la defensa que en la ofensiva: construir y mantener operativas las fortificaciones era más caro que poner en campaña un ejército y además había que artillarlas y guarnecerlas. La necesidad de defender las propias fortificaciones y de asediar las del enemigo al mismo tiempo explica el aumento del número de hombres —y de armas y municiones— necesarios para afrontar las campañas. El resultado eran unos ejércitos cada vez más numerosos ante la necesidad de mantener grandes guarniciones y un número mediano, pero fijo, de hombres en campaña; los gastos en logística se dispararon. Las guerras fueron eternizándose y, lo que es peor, se volvieron poco resolutivas, porque ahora ya no bastaba con derrotar al rival en una gran batalla campal, sino que también había que tomar sus plazas fortificadas al estilo moderno. Y los asedios de este tipo de plazas se podían prolongar numerosos meses, destruyendo en algunos casos al ejército sitiador. Algunas guerras de la época, como la hispano-neerlandesa de los Ochenta Años, estuvieron muy marcadas por los asedios; otras, como la guerra de los Treinta Años, más bien por las batallas campales; y todavía otras, como la guerra de los Nueve Años o la guerra de Sucesión de España, unas campañas por los asedios y otras por las batallas (tanto terrestres como marítimas). No hay una regla fija al respecto como ha pretendido demostrar Geoffrey Parker cuando señaló que los oficiales dirigían más asedios que batallas en sus carreras. Hay, en realidad, ejemplos de todo tipo. En todo caso, el aumento en el volumen de tropas de los ejércitos, que es un hecho indiscutible —John Hale refiere la existencia de ejércitos de campaña de unos 25.000 hombres entre 1476 y 1528, que pasan a 65.000 hacia la década de 1570 y consiguen llegar a los 100.000 en la década de 1630—, más que a cambios tácticos y a la evolución tecnológica en el armamento, habría que atribuirlo a las capacidades burocráticas y económicas desarrolladas por los diferentes estados para hacer la

guerra siguiendo sus intereses particulares. Lo cual no quiere decir, por cierto, que no se hubieran producido cambios en las tácticas empleadas por los europeos en sus guerras a lo largo de aquellos decenios.⁷

Todos estos cambios y progresos necesitaron del dinero en unos niveles como hasta entonces no se habían conocido, pero también de hombres perfectamente entrenados, de tropas permanentes, comandados por oficiales que, definitivamente, hubieran hecho de la guerra su oficio.⁸ Las guerras se hacen con hombres y dinero o, mejor, con sangre y dinero que, en el fondo, se obtienen merced a dos tipos de impuestos diferentes. Pero, no obstante, los estados de la Época Moderna necesitaron un cierto tiempo para ajustar las nuevas estructuras burocráticas aplicadas al negocio de la guerra. Una de las características principales de los ejércitos de la Época Moderna, sobre todo en los siglos XVI y XVII, fue su falta de regularidad. Es decir, o dicho con otras palabras, el fenómeno que mejor caracterizó las formaciones militares de aquellas centurias sería su extraordinaria carencia de orden en todos los sentidos: irregularidad en el cobro de las pagas, falta de disciplina, inexistencia del uso del uniforme hasta muy avanzado el siglo XVII, escasa o nula homogeneidad en el armamento empleado hasta, también, las décadas finales del Seiscientos; pero, y es lo más significativo, tampoco existió regularidad a la hora de obtener las tropas que conformarían los nuevos ejércitos en número suficiente, una vez que se acabó poco a poco con los ejércitos privados de la nobleza, situación típica de la Edad Media. Eso sí, siempre habrá quien se adapte mejor a las novedades. Así, el éxito de los ejércitos de las Provincias Unidas desde finales del siglo XVI cabría achacarlo, más que, insistimos, a ciertos cambios tácticos,⁹ a la organización permanente de sus tropas, sin que todavía fuese decisivo su carácter «nacional» (las ciento treinta y dos compañías del ejército neerlandés en 1603 se desglosaban en cuarenta y tres inglesas, treinta y dos francesas, veinte escocesas, once valonas, nueve alemanas y tan solo diecisiete

neerlandesas), en su instrucción regular y en un efectivo sistema de pagas. Solo un estado con unas finanzas sólidas, es decir que pudiese pagar con regularidad a sus tropas, se las podía permitir sin que un fenómeno como la desertión (o la enfermedad debido a la falta de asistencias y pagas) acabase con ellas. Es decir, la clave está, como no podía ser de otra forma, en el dinero, en la forma de encontrarlo para emplearlo en la guerra. La Monarquía Hispánica tenía los recursos de sus territorios europeos y, sobre todo, los ingresos americanos¹⁰ —que, por cierto, se hundieron en el transcurso del siglo XVII, entre otras razones, por aumentar el coste de la defensa de las Indias—, pero gastó por encima de sus posibilidades reales, de forma que no siempre pagó a sus banqueros de forma adecuada y por dicho motivo acabó por pagar intereses muy elevados. Francia también gastó mucho, pero pudo hacerlo durante un tiempo gracias a su boyante demografía (parafraseando el título del famoso libro de Pierre Goubert, Luis XIV dispuso de veinte millones de franceses); sin embargo, y como es conocido, a la muerte del Rey Sol, en 1715, Francia estaba agotada. Las Provincias Unidas, en cambio, consiguieron gracias a su extraordinario comercio pagar con regularidad sus empréstitos, de forma que estos no les faltaron y pudieron obtenerlos a un interés aceptable. Este sistema, que dependía de la seriedad y eficacia del estado (y su sistema político representativo), fue exportado a Inglaterra a finales del siglo XVII con la Gloriosa Revolución de 1688 y la llegada al trono inglés de Guillermo III. El banco de Inglaterra se fundó entonces, en 1694, para poder costear la guerra contra Francia entre 1689-1697 (un conflicto que, por cierto, les supuso un gasto de cuarenta y nueve millones de libras; la guerra de Sucesión española les costaría noventa y cuatro millones, cantidades astronómicas que pudieron recaudarse en buena medida gracias a que se habían solicitado mediante mecanismos con legitimidad parlamentaria¹¹). En definitiva, ante ejércitos y dispendios cada vez mayores, los estrategas no serían los únicos que ganasen los conflictos,

sino que lo serían también quienes asegurasen los medios para hacer la guerra.¹²

En Cataluña, la «Revolución Militar Moderna» llegó pronto con la construcción —o reconstrucción— de fortalezas al estilo moderno, siguiendo los principios de la llamada *Tracce italienne*, en Salses (1495), Barcelona (1526), Tarragona (1527), Colliure (1534), Puigcerdà (1539), Perpiñán (1541) y en Rosas a partir de 1543, pero lo cierto es que durante las guerras del siglo XVII, y como comprobaremos, muchas de las obras realizadas en la primera mitad del siglo XVI eran ya obsoletas o, sencillamente, necesitaban importantes reparaciones, sobre todo debido al desgaste sufrido durante la guerra de 1639 a 1652. El adelanto tecnológico que significó el uso de las armas de fuego portátiles y la artillería estuvo presente de forma temprana en Cataluña, pero esta careció de una cultura bélica de estilo moderno y, sobre todo, de las estructuras militares avanzadas y necesarias como para hacer frente al tipo de guerra que podía efectuar la Monarquía Hispánica a partir de 1640. La mejor prueba es la aparición desde dicha fecha de algunos tratados militares escritos en catalán (los de Domènec Moradell de 1640; el de Francesc Barra de 1642 y el de Francesc Doms de 1643¹³) y también la constatación de cómo se produjo entonces el primer intento por mantener una fuerza permanente de combatientes catalanes: el famoso batallón de unos cinco mil quinientos efectivos que lucharían junto a las tropas francesas. Manel Güell asegura que la demografía de la Cataluña de mediados del siglo XVII estaba en disposición de situar en el campo de batalla unos doce mil efectivos, cifra que no se logró nunca, y que habría permitido poner las cosas muy difíciles a Felipe IV para recuperar de forma efectiva el Principado, pero que también se acerca peligrosamente a los dieciséis mil hombres que pidió el conde-duque de Olivares a los catalanes para su frustrada Unión de Armas.¹⁴

Desde 1639 y, específicamente en el caso de este libro, desde 1652, una vez recuperada Barcelona por las armas